

## LA NAVIDAD



A mi nunca me ha gustado la Navidad. Puede ser que haya contribuido a ello el mundo que me tocó vivir; las gentes que rodearon mi infancia primero, y mi madurez después. Personas con dinero que hacían de la hipocresía su tarjeta de visita, y del poder y la arrogancia su único pasaporte hacia la convivencia. O del autismo, cosa todavía peor y más cruel. Detrás de cada árbol de navidad, de cada nacimiento, sólo lograba deslizarme por un abismo sentimental que me abocaba a huir de cuanto tenía que ver con ella. Se podía despreciar a todo el mundo, menos el día de Navidad. Era lícito no ayudar a nadie, salvo el día de Navidad. Despotricar, odiar, no transigir, a excepción del día de Navidad. Aferrarse a un pasado y a unas tradiciones estúpidas y anacrónicas basadas en el privilegio de clase, menos el día de Navidad, que se daba una propina a los que servían, y se les permitía acercarse un poco a la familia. Tutearse, tirar petardos juntos o darle a la zambomba. Hasta que llegaba el día siete de enero, y el barranco de formas volvía a estar de por medio.

Hoy, las cosas son peores, y la distancia que separa al mundo rico del pobre pueden llegar a hacer dolorosas estas fiestas a nada que uno tenga un poco de conciencia. Las imágenes que nos llegan del tercer mundo se confunden en las noticias con los fastos de Navidad en los países ricos, con los excesos y los gastos teledirigidos por aquellos que más ganan en ello. Con que fuéramos capaces de donar a los ONGS el dinero del despilfarro eléctrico del mundo rico estos días de alegría forzada libraríamos de la muerte a millones de personas. Con que diéramos a los más necesitados el diez por ciento de esa escandalosa cifra que asevera que cada español gastará en estas Fiestas más de 800 euros, lograríamos que mucha gente, al menos, pudiera llevarse algo a la boca; no ya turrón, angulas o langostinos, sino pan y arroz, productos elementales para el sustento humano.

Y seguimos empeñados en hablar de costos millonarios para tontas películas de cine, programas televisivos basura, armas o rancieros saraos navideños, mientras a nuestras costas siguen llegando pobres desesperados para los cuales estas Fiestas consisten en encontrar un trabajo marginal y un cobijo en una casa de cartón u hojalata. Vamos, convirtiéndose en los protagonistas del belén. De esa buena teoría de generosidad y entrega que nos dio ese estupendo libro llamado Biblia, que los humanos hemos ido transformando a nuestra conveniencia, hasta convertirlo en algo lejano y nada coherente con la realidad.

No, amigos, para mí es muy difícil asumir que por imperativo del calendario debo estar contento esta semana, olvidando aquello que nos rodea a diario y debería oprimir nuestra falsa felicidad. El mundo cada vez es más injusto y desproporcionado. El cambio climático se hace patente, y nos debería preocupar lo que estamos haciendo con este pobre Planeta para que unos miles de sinvergüenzas y golfos se forren, a pesar de que parte del producto de esas ganancias se empleen en lavar conciencias.

La Navidad debería servir para profundizar en el esfuerzo de cambio, tanto en las relaciones familiares como en las personales, así como aquellas que establecemos con las cosas. Y si alguna utilidad pudiera llegar a tener, sería la de servir de baso catalizador de orgullos, egos y conciencias. Puede ser que todo esto suene un tanto ingenuo, idealista y utópico, pero tampoco comprendo que la Navidad se pueda vivir sin adaptar esos tres conceptos a hechos que posiblemente nunca ocurrieron, y que, seguramente, fueron inventados para poder seguir controlando a la masa. Así que, me quedo con la "ingenuidad" de tratar de salvar al mundo de sí mismo. Con la "utopía" de que pueda llegar a haber gente mejor y más tolerante, tanto en familia como en las relaciones en general. Con el "idealismo" del niño atrapado en los Reyes de Oriente, de esos señores que hoy nos venden caro el petróleo con el que fabricar los juguetes Esa será mi Navidad.